

Antoni M. Badia i Margarit

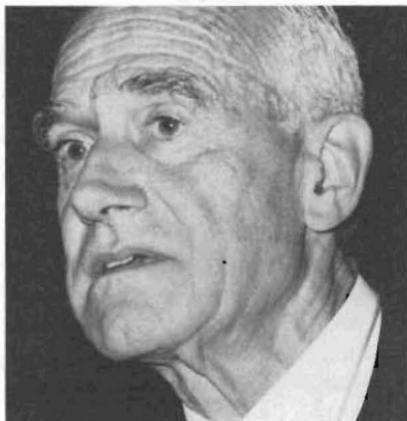
TRES LECCIONES SOBRE LA LENGUA CATALANA

«Es un poco osado haber decidido presentar una perspectiva general sobre el catalán para estas tres lecciones; quizás hubiera sido mejor escoger algunos aspectos monográficos, pero creí entender que no estaría de más presentar, en esta ocasión, tres grandes temas en forma de resumen». De esta manera justificó el profesor **Antoni M. Badia i Margarit**, catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana, el contenido del ciclo titulado «Tres lecciones sobre la lengua catalana», que impartió en la Fundación Juan March en noviembre del año pasado. El día 3 de noviembre se ocupó de la «Descripción de la lengua», el día 5, de «Formación e historia», y el día 12, de «La situación actual».

Se ofrece a continuación un amplio resumen de las tres conferencias que pronunció.

La lengua catalana ocupa, como es sabido, una posición muy céntrica dentro de la Romania Occidental y eso hace que en su estructura se den rasgos que comparte con el francés, con el italiano y con el castellano. Por razones no sólo geográficas, el catalán es una lengua de rasgos estructurales mixtos, de mezcla. Ya decía Amado Alonso que todas las lenguas vecinas tienen concomitancias, a no ser que pertenezcan a grupos distintos.

El catalán es una lengua más tradicional, más conservadora,



ANTONI M. BADIA I MARGARIT nació en Barcelona en 1920. Es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana de la Universidad de Barcelona. Es miembro de número del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Es autor de varios libros y trabajos de lingüística y de sociolingüística.

frente a la singularidad del castellano. En catalán, por ejemplo, se conservan las siete vocales tónicas, que existían en el latín (las cinco tradicionales, más la 'e' abierta y la 'e' cerrada), como se conservan en portugués, francés, italiano, etc., pero no en castellano. Esta es una de sus singularidades. Y como ocurre en esos idiomas, en catalán el que sea un fonema u otro modifica el significado

de las palabras. Así «déu» es 'Dios' y «deu» es 'diez'; «ós» es 'oso' y «os» es 'hueso'.

Si nos ocupamos de las consonantes, también aquí encontramos variantes y problemas. Me remito al que suelo llamar «cubo de las sibilantes»: 's', 'x', 'z', 'j', 'ts', 'tx', 'tz' y 'tj'. Un fonema es una unidad mínima de sonido diferenciador. Estos ocho sonidos del cubo sibilante, ¿son fonemas? Si decimos «pot-ser», es decir, 'puede ser', 'tal vez', ¿estamos ante un fonema 'ts' o nos encontramos, más bien, ante un sonido susceptible de ser descompuesto en 't'+ 's'? Esta es la cuestión planteada. (Por supuesto, la lengua catalana presenta, como todas las lenguas, muchos problemas y enigmas; no se trata ahora de agotarlos o de abordarlos de forma sistemática, sino más bien de traer a colación algunos, como muestra de una situación lingüística determinada).

Volviendo a las sibilantes, a si 'ts', por ejemplo, es o no un fonema, he de decir que este punto es objeto de discusión desde hace tiempo. Para Emilio Alarcos, que en su día se ocupó de la fonemática catalana, la cuestión estaba clara: 'ts', 'tj', 'tx' y 'tz' no son fonemas, pues pueden descomponerse en dos que sí serían fonemas. Así, 'ts' estaría compuesto del fonema 't' y el fonema 's'. Mi posición difiere de la de Alarcos. Tiene razón en el caso de 'ts', pero no respecto a las demás africadas del «cubo». No veo la posibilidad de descomponerlas en un fonema oclusivo ('t') y las fricativas sibilantes correspondientes ('z', 'x' y 'j'). Los datos de la historia de la lengua en comparación con los de lenguas vecinas; el mecanismo de neutralización de sibilantes; la ortogra-

fía que utilizan los semianalfabetos; la aplicación de lo que llamaba Martinet «la integración fonológica»; todo ello me mueve a pensar que los tres sonidos africados restantes ('tz', 'tx' y 'tj') son verdaderos fonemas.

Como ésta, podría aludir a otras cuestiones: a la oposición de las sibilantes 's' y 'z' o a las variantes que se producen con el masculino y femenino o con el plural, cómo en ciertos casos se produce una neutralización de las oclusivas: «llop», o sea 'lobo', al pasar a femenino, no sólo añade la 'a', que sería lo normal, sino que se produce una modificación: «lloba» ('b' en vez de 'p') en el femenino. Lo vemos también en «nebo», 'sobrino', «neboda», 'sobrina'.

Formación del catalán

Paso ahora a ocuparme de la formación y de la historia del catalán; de forma sintética, desde luego. Cataluña es una tierra de cruce, de paso de la Península al centro de Europa, y este carácter ha repercutido en todo lo que allí se ha desarrollado. En la evolución de la lengua catalana se ha dado, pues, una suma de factores.

Los romanistas distinguen nueve lenguas románicas, que se dan en un vasto territorio en donde la romanización difirió sensiblemente. Hubiera sido una casualidad impensable el que las evoluciones, a partir del latín hablado, hubiesen coincidido exactamente. Veamos el ejemplo peninsular.

En la Bética y en la actual Cataluña (en parte) la romanización fue muy intensa y profunda, mientras que lo fue mucho menos en otras regiones: Can-

tabria, etc. El latín, por otro lado, se vio afectado por la fonética de las lenguas prerromanas que él se encargaba de destruir; las cuales dejaron, pese a ello, su influencia. Si a esto añadimos la germanización al norte del Loira y la arabización intensiva en parte de la Península Ibérica, nos explicaremos las diferencias de estas nueve lenguas que componen la Romania.

Dentro del ámbito catalán existen dos modalidades idiomáticas: la oriental y la occidental. A grandes rasgos, el límite entre las actuales provincias de Barcelona y Lérida señala el del catalán occidental y del oriental (que comprende también el campo de Tarragona). Esta frontera lingüística tiene su justificación en el origen de la formación de la lengua.

En los años treinta se pensaba que la formación de la lengua y esta división entre oriental y occidental era consecuencia de la Reconquista. Por entonces el criterio que predominaba y que estaba más extendido era el de la Reconquista, cuyo exponente más explícito era el libro de Ramón Menéndez Pidal, *Orígenes del español* (1926).

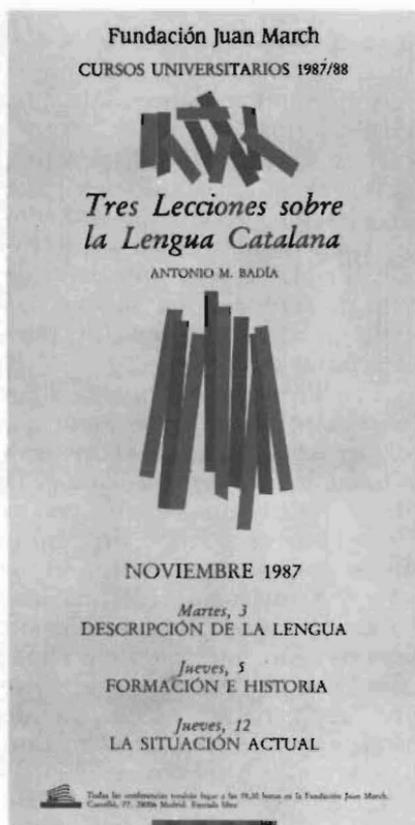
Sanchis Guarner, filólogo valenciano, hizo ver que esta distinción no podía provenir de la Reconquista y dio muchas pruebas. He aquí una de ellas: la manera cómo se repartieron las tierras a la muerte de Wifredo el Velloso (897). Los tres grandes lotes de sus Condados, repartidos a sus hijos a fines del IX, se correspondían con el catalán oriental (Vic, Barcelona, Gerona), el catalán pirenaico (Besalú), y el catalán occidental (Urgel).

Sus diferencias tenían que ser anteriores a la Reconquista.

En 1956 Sanchis Guarner publicó *Los factores históricos de los dialectos catalanes*, haciendo ver que había coincidencia absoluta entre el catalán oriental y el occidental y los viejos asentamientos prerromanos. La extensión actual del catalán oriental coincidía con la Cataluña indoeuropea, mientras que el catalán occidental venía delimitado por la Cataluña vascoide y la ibérica. Esta geografía la había establecido el gran arqueólogo catalán Pedro Bosch Gimpera. Pero en 1962 apareció un libro de Miquel Tarradell, *Las raíces de Cataluña*, en el que se mantienen posiciones contrarias a las de Bosch Gimpera, de quien Tarradell era discípulo. En pocas palabras, Tarradell venía a decir que restos prerromanos los hay en todas partes (así se hallan restos ibéricos en la zona indoeuropea y al revés).

En 1981 aparece *La formación de la lengua catalana* en donde yo manejo una nueva hipótesis; no todo el mundo la ha aceptado, pero me ha dado la alegría de suscitar una polémica. Para mí, en la Cataluña Vieja la diferente intensidad de la romanización (mayor en el este, menor en el oeste) determinaría las dos modalidades de catalán oriental y catalán occidental. Esto no tiene aplicación en la Cataluña Nueva, donde hay zonas occidentales (Lérida, Tortosa) que habían sido de intensa romanización. La aparente contradicción se ha de explicar por un nuevo factor: la arabización, que fue más intensa en la Cataluña Nueva que en la Vieja.

A todo esto hay que añadirle también un dato de Antonio Tovar: hacia el año 218 a. d. C.,



ve hoy bajo el signo de una contradicción: siempre que se organizan encuentros de lenguas europeas no estatales (llamadas a menudo minoritarias), acuden representantes catalanes; pero en realidad esta representación estorba porque esas lenguas no han podido codificar su gramática, sus hablantes son diglósicos, que no es precisamente el caso del catalán. El reverso de la medalla es que el catalán no descansa sobre una estructura de Estado; le faltan elementos, pues, para sacar adelante la aventura de una lengua, en la actual civilización de masas.

Decía Carles Riba que había sido una empresa de locos recuperar para el pueblo catalán su lengua de cultura, su lengua literaria. Es lo que ocurrió en el siglo pasado, con el auge de los nacionalismos, la aparición del movimiento literario la «Renaixença» y el interés mostrado por la romanística por estudiar con detalle las lenguas romances menos conocidas.

cuando los romanos desembarcaron en Ampurias, no se encontraba nada de lengua indoeuropea, sólo ibérico. Querer, pues, buscar restos de huellas indoeuropeas en la zona oriental es un anacronismo. Con todo, yo pienso que hay razones para creer que la lengua ibérica, que era muy unitaria, no dejaba de poseer matices distintivos (como una cierta indoeuropeización en el este de Cataluña).

En este clima entra en escena un canónigo balear, Antoni M. Alcover, quien lanzó la propuesta de hacer un Diccionario completo de la lengua catalana, en el que entrara todo: lengua común, dialectos, nombres propios, cultura popular... La invitación se hacía al hombre de la calle, y fue un caso insólito porque todo el mundo podía participar en su confección. En todas partes los diccionarios los hacen los lexicógrafos, pero, por lo menos en este caso, en catalán no. Cualquiera podía —y es lo que muchos hicieron— mandar materiales a Alcover; éste se vio, en seguida, rebasado y tuvo que sacar un boletín —de los primeros de lingüística en España— para coordinar los esfuerzos de todos. Estos materia-

Situación actual

Considerar la situación actual del catalán es algo que se presta a polémicas y manipulaciones, así que me ceñiré a los aspectos más científicos. Las afirmaciones que haré descansan sobre bases sólidas. El catalán se mue-

les fueron cribados posteriormente por un equipo de especialistas y el resultado fue el Diccionario Catalán-Valenciano-Balear, de Alcover y Moll.

A este hecho hay que sumar otro: el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana, que tuvo lugar en Barcelona en 1906 y en el que se juntaron tres mil congresistas, que no eran especialistas, sino representantes de muy distintas profesiones: era la sociedad entera, que se responsabilizaba del futuro de su lengua y se preocupaba de ella. De hecho, se puede decir que la lengua está normalizada desde aquel Congreso. Hay que reconocer que esta normalización salió bien, pero se hizo muy a la buena de Dios. Con todo, y gracias a esa normalización (1906-1939) el catalán de hoy se puede comparar con cualquier otra lengua. En la actualidad, la lengua y la cultura catalanas tienen un respaldo social de primera categoría. Hay un evidente afán de seguir adelante, pero la lengua está también seriamente amenazada en su supervivencia.

Las causas son varias: los restos, aún muy notables, de la represión política y cultural posterior a 1939, con la prohibición de toda manifestación pública, oral y escrita, que provocó una situación muy especial en los años sesenta: unos millones de personas que hablaban catalán y sólo un número muy pequeño que lo sabían escribir.

Otro factor esencial ha sido el peso de la inmigración, que obligó a que convivieran dos lenguas. En los años sesenta había una obsesión por la integración. Hoy ya no la tenemos: la política lingüística pasa hoy por el respeto y la convivencia;

la integración vendrá, en todo caso, por sus pasos contados. A la situación descrita hasta aquí hay que sumar el hecho de que, cuando empezábamos a recuperarnos de la política de represión, hemos entrado en una civilización de nuevas tecnologías, en donde privan los grandes medios de comunicación de masas. En esta situación las lenguas menos habladas lo pueden pasar muy mal.

Los factores mencionados determinan, pues, la posición endeble de la lengua. Hay otra situación preocupante, que es la de la antinomia «estructuras o actitudes». En 1979, un Manifiesto polémico establecía el siguiente interrogante: ¿una nación sin Estado, un pueblo sin lengua? La conclusión era clara: si el catalán no consigue tener un soporte de estructura de poder, que le asegure el futuro, tardará más o menos en desaparecer, pero desaparecerá. Este ensayo, firmado por seis profesores de la Universidad Autónoma de Barcelona es de una lógica irrefutable. Pero si tenemos en cuenta que desde 1716 la lengua catalana no ha tenido más que unos diez años de una estructura que se acercase al poder, algo habrá que explique su supervivencia y aún su vitalidad en nuestros días.

Hoy la sociolingüística da cada vez más importancia a las actitudes de los hablantes, que son las que han salvado las lenguas no estatales hasta ahora. Las estructuras no son todo, ni mucho menos. La lengua catalana no ha muerto y no morirá en un futuro inmediato. Más allá, Dios sabe lo que va a pasar con las lenguas, pero por ahora, y esto es lo que importa, la lengua catalana se ha salvado por las actitudes de los hablantes. ■